

Comunicación, Crisis Nacional y Regional

Fátima Fernández Christlieb

El tema general de este cuarto encuentro quedó definido por cuatro palabras de uso demasiado común, tan pronunciadas en los últimos tiempos, que se han vuelto terriblemente ambiguas y jábo-nosas.

Cuatro palabras que, sin embargo, era indispensable introducir en el título de los trabajos de estos tres días. Lo regional, lo nacional, la comunicación y la crisis son cuatro elementos que es preciso relacionar para darle cauce a nuestras búsquedas individuales y colectivas.

Crisis, la palabra más pronunciada y más mal utilizada de estos años merece una reivindicación, una vuelta a su etimología original. Crisis significa mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejorar o empeorar. Es también un momento decisivo en un asunto de importancia. Crisis no quiere decir catástrofe como se han encargado de hacernos pensar aquellos a quienes los cambios en lo económico y en lo político les producen inseguridad. Para los que han acumulado poder o capitales, cualquier alteración de ruta es señal de peligro, pero los demás no tenemos por qué hacer nuestra una definición de cambio tan ajena a lo que somos y queremos ser.

Según el diccionario etimológico de la lengua castellana, el vocablo crisis significa también decisión y uno de sus derivados es *krinó* que puede traducirse como “yo decido, separo y juzgo”¹.

Es éste el marco en el que queremos ubicar otra palabra polémica muy manoseada: comunicación. El mismo diccionario indica que el verbo comunicar está tomado del latín y significa compartir. Sólo el retorno al sentido original del término podrá sortear el pantano que amenaza a los estudios en comunicación.

En este encuentro no queremos quedarnos en la fácil y errónea asociación entre comunicación y medios de difusión. Estos, los medios, son únicamente instrumentos, vehículos a través de los cuales se difunden mensajes. Aprender a comunicar es algo mucho más complejo que saber manejar técnicas de difusión.

Comunicar hoy, en este mundo de especializaciones, es poder tender puentes entre distintos saberes, es colaborar en el diagnóstico de todo lo nacional, es vincular a los actores más vivos de cada entidad regional, es compartir nuestra historia social.

La palabra comunicación, al igual que el término crisis, ha venido tiñéndose verticalmente de un matiz que también nos resulta ajeno. Crisis, en el lenguaje común, significa catástrofe y comunicación tiende a identificarse con medios de difusión. Quienes viven el cambio con temor, transmiten su versión de los hechos a través de las técnicas que la tecnología va proporcionando. Son ellos los que quisieran ver circunscrito el estudio de la comunicación a un ejercicio de carácter instrumental.

Las escuelas de comunicación surgieron por un motivo doble: la televisión requería nuevos profesionales y los académicos veían la urgencia de someter las nacientes tecnologías informativas a las necesidades más genuinamente humanas. Unos y otros se lanzaron con firmeza a la búsqueda de sus objetivos. Los empresarios privados y públicos de los medios, buscando eficiencia para el entonces creciente mercado de trabajo y las universidades tratando de analizar los nuevos fenómenos de comunicación para poder influir en ellos, sin descuidar la preparación de profesionales de los medios.

La historia de los últimos veinticinco años parece mostrarnos que las universidades quedaron atrapadas en una pequeña zona de lo que al principio se propusieron. Muchas de ellas acabaron privilegiando los instrumentos de difusión y relegaron a segundo plano el análisis de conjunto y la tarea de enlace. Es altamente probable que de aquí en adelante las escuelas que circunscriban su currículum a los medios de difusión, sean rebasadas por la historia inmediata y formen egresados sin empleo, no así aquellas que tiendan puentes interdisciplinarios con otras facultades e universidades.

Tal vez haya que retomar la ruta ahora que las encrucijadas se

multiplican, ahora que la mutación nacional se encuentra en un momento decisivo. Ojalá este encuentro pueda darnos pistas para retomar el camino correcto.

Si estamos de acuerdo en que crisis es cambio hacia algo que puede ser positivo; y si aceptamos que comunicar es compartir conocimientos, podemos comenzar a hablar de los procesos que podrían darse en México de llevarse a cabo una real comunicación de saberes, no sin antes explicitar también lo que queremos decir cuando nos referimos a lo nacional o a lo regional.

El término nación está etimológicamente vinculado al verbo nacer y el vocablo región es un derivado de regir o gobernar. Por crisis nacional entenderemos aquí las mutaciones que se están llevando a cabo en el ámbito político-geográfico en que nos tocó nacer.

A diferencia de los tres términos anteriormente mencionados, la cuestión regional exige un abandono de su acepción etimológica porque ésta hace alusión al reino como sociedad diferenciada. En su sentido actual y simplificando la definición, una región es una parte con características propias de una unidad más amplia, en este caso de una nación.

Es en lo regional, es en las partes del todo nacional, donde se están gestando procesos que tal vez se traduzcan en mutaciones positivas. Lo regional está obedeciendo más a procesos naturales de corte cultural e histórico y lo nacional a procesos artificiales de subordinación político-administrativa, definidos más allá de nuestras fronteras, con la aceptación consciente de quienes gobiernan dentro.

El desarrollo regional encuentra en el centralismo mexicano un obstáculo de considerables dimensiones. La excesiva concentración de poder en la capital del país parece negar la historia del siglo pasado. Las conquistas republicanas se desvanecen ante un sistema político que tiene un dejo de monarquía sexenal; las luchas federalistas no logran cristalizarse más allá de las constituciones escritas y la herencia liberal se estrella hoy ante medidas de la más pura cepa conservadora.

Lo regional vive subordinado a los poderes centrales y quienes viven en la capital son ciudadanos de segunda sin congreso local ni gobernantes electos mediante sufragio. También el Distrito Federal es una región víctima de ese centralismo mortal que el terremoto y las inversiones térmicas se han encargado de desnudar por completo.

El país, mirado en términos de su crecimiento económico, está en la ruina. Se insertó acriticamente en el juego del endeudamiento, de la feroz tiranía del capital financiero, apostando con su única car-

ta de petróleo. No se ve, en este terreno, mutación positiva a corto plazo.

La situación es grave en los hogares de millones de mexicanos. Como en toda crisis seria, el momento es decisivo y no sabemos si de la enfermedad nacional saldremos mejor o peor. Queremos pensar, sin caer en voluntarismos ingenuos, que podemos salir mejor.

Algo podemos hacer miles de estudiosos de la comunicación de diferentísimas partes del país para conseguirlo. Si nuestra profesión fuera la odontología o el derecho, la afirmación carecería de fundamento. Esas carreras tienen un objeto de estudio perfectamente delimitado, la nuestra no. Queremos dedicarnos a trabajar con fenómenos de comunicación social y éstos no conocen fronteras entre disciplinas. En nuestro campo de trabajo los cercos son artificiales.

Muchos y muy diferentes son los problemas nacionales en esta hora de cambio. Numerosos y variados son también los esfuerzos que se hacen para enfrentarlos; algunos de éstos provienen de las universidades, de la comunidad científica que trabaja en ellas. Son esfuerzos, muchos de ellos, que no se conocen o no se recogen, que carecen de la articulación universidad-sociedad. Es en esta tarea articuladora donde se requiere la presencia del profesional de la comunicación. No sólo para dar a conocer estos esfuerzos en los medios de difusión sino y sobre todo para fomentar la participación de la comunidad científica en la toma de decisiones locales y nacionales.

Para llegar a ello, es preciso conocer los procesos y las particularidades regionales, comenzando por lo que nos queda más cerca, por los fenómenos de comunicación social, describiendo sus características y registrando aquellos aspectos que no se explican más que con el auxilio de otras disciplinas. Es este el sentido con el que se pensaron, para el largo plazo, las mesas de trabajo de este encuentro.

Cuatro temas con un hilo conductor: el diagnóstico para el cambio. Cuatro momentos simultáneos de un mismo proceso: la articulación de la universidad con la sociedad.

Nuevas tecnologías, participación social, comunicación personal y las escuelas ante la crisis son los cuatro ángulos desde donde intentamos analizar lo que nos ocurre.

Las nuevas tecnologías son producto de una transformación sustancial en los patrones de acumulación de los países centrales y algunas de ellas, como los satélites, son aplicaciones civiles de cohetes militares. La introducción de la microelectrónica en la industria del video y en la automatización de la producción de bienes y servicios, está produciendo mutaciones de fondo en el mundo de la cultura y

del trabajo. No se trata de simples innovaciones tecnológicas sino de alteraciones graves en la organización de la vida. Frente a este fenómeno, las escuelas de comunicación no pueden sumarse a esas corrientes que pasivamente van realizando un inventario de innovaciones y ante su magnitud y velocidad de penetración van optando por el determinismo tecnológico o por el pesimismo cultural. Estamos frente a un fenómeno que exige un análisis ágil, desideologizado, imaginativo e informado desde disciplinas diferentes.

Es cierto que los países desarrollados presionan para que el tercer mundo se convierta en comprador rápido de nuevas tecnologías, es verdad también que las corporaciones transnacionales fabricantes, saben que los satélites borran por completo las fronteras de los estados nacionales, pero es igualmente cierto que este proceso no se deriva de la tecnología sino del orden social que acepta las reglas del juego de los vendedores.

Un análisis profundo de este fenómeno echaría por tierra la idea de que la lógica que se les ha impuesto a las nuevas tecnologías es inevitable y un estudio serio eliminaría también esos prejuicios fáciles contra los aparatos desconocidos².

Con la puesta en órbita de los satélites Morelos, nuestro país acaba de vivir un proceso que puso al descubierto la improvisación y la falta de responsabilidad en la adquisición de tecnología. Los satélites se compraron para un solo usuario: la televisión privada. Ya con el proyecto en curso se fueron sumando la televisión del gobierno, Teléfonos de México y otros. Sobre la telefonía habría que mencionar que se planeó introducirla en zonas rurales para justificar el gasto satelital. Por años, cientos de municipios habían quedado fuera de todo proyecto telefónico porque la inversión no resultaba costeable. Es decir, se introduce el teléfono en pequeñas poblaciones para satisfacer una necesidad del centro y no para responder a una demanda campesina de décadas. Lo mismo ocurre con la descentralización: se acelera el proceso desconcentrador porque el centro tiene necesidades de sobrevivencia y no porque los estados de la República quisieran depender menos de la capital.

Es en las distintas entidades federativas donde deberían realizarse buena parte de los estudios previos a la adquisición de tecnología. Por ejemplo, en materia de telefonía habría que estudiar, ya en este momento, la conveniencia de meter fibra óptica y cortar el uso de satélites para cuando termine la vida útil de los Morelos. La fibra óptica representa una mutación decisiva en las generaciones informáticas, ya que implica la sustitución del electrón por el fotón,

aumentando la capacidad, la seguridad y la velocidad de transmisión que ofrece la vía hertziana, además de que la ausencia de componentes metálicos le da una inmunidad a la interferencia electromagnética; esto aunado a que la posibilidad de producirlas en México no sea tan lejana como la de los satélites³.

Son las regiones las más autorizadas para opinar sobre sus necesidades en materia tecnológica. En el caso de los satélites, habría que haber preguntado a los habitantes de los estados de la República que ya cuentan con sistemas propios de comunicación social, si necesitaban un satélite para recibir mejor la televisión del centro o si preferían recursos para realizar sus propias producciones. Igualmente cabría preguntarse si el país no está más urgido de los servicios de un satélite de percepción remota que de uno de televisión.

La percepción remota está destinada a localizar yacimientos minerales, campos petrolíferos, bancos de plancton y a analizar todo tipo de recursos naturales. Esta actividad está desarrollada en México⁴ y es un auxiliar fundamental en la administración de recursos agrícolas que beneficiaría de manera particular a los estados de la República con amplias zonas rurales.

En este renglón es indispensable señalar que no puede haber análisis regional ni planteamientos descentralizadores sin tomar en cuenta la problemática rural. Hace cincuenta años, la gente del campo abarcaba al 60 por ciento de la población total del país, hoy sólo son el 35 por ciento⁵.

La descentralización de los centros urbanos requiere de medidas regionales para conservar a la población. La comunicación social en el campo es una necesidad aún no compartida por nuestras escuelas y facultades.

En este marco de cambio tecnológico, de urgencias nacionales y necesidades regionales, los medios de difusión no pueden continuar con los mismos mensajes diseñados por los mismos emisores de siempre. El país requiere nuevos emisores. Es por ello que en el encuentro se abrió una mesa sobre comunicación regional y participación de la sociedad civil. La sangre joven que está decidida a compartir conocimientos para solucionar problemas debería ocupar espacios en los medios existentes y crear otros nuevos, ahora que las nuevas tecnologías ofrecen más canales y sepultan la vieja excusa de las frecuencias saturadas.

La tercera mesa del encuentro está dedicada a algo que normalmente no se discute en congresos y que las nuevas tecnologías y los medios de difusión han dejado de lado: la comunicación personal.

Debería ser éste punto de partida y de llegada en los estudios de comunicación. Además, es el hombre nuestro referente epistemológico más firme y el que nos vincula con el resto de las disciplinas sociales. Tal vez sea su ausencia o su relegamiento lo que nos ha impedido profundizar en fenómenos de comunicación tan típicos de nuestra sociedad como son la eficaz diseminación del rumor o el éxito indiscutible de las telenovelas. Sólo a partir de lo que los hombres piensan y sienten, podremos entender fenómenos como la generación de consenso o las actitudes electorales.

Somos en buena medida país de tradición oral y sin embargo contamos con pocos estudios sobre estos procesos de comunicación.

Es éste además un renglón importante en el momento presente, ¿por qué no hablar también de cómo la crisis está afectando nuestras relaciones personales? Tal vez por esta vía comprendamos mejor la naturaleza de nuestros propios resortes internos.

Por último, y como nuestro canal para darle continuidad a lo que en el encuentro se logre, está la mesa sobre las escuelas de comunicación ante la crisis. Es probable que el reto central de quienes en ella trabajen sea encontrar la fórmula para que cada escuela de comunicación se vincule con otras facultades o universidades de la entidad, para el estudio interdisciplinario de los problemas de la región y del país. Esto sin descuidar la teoría, sin abandonar el trabajo intelectual que no busca aplicación inmediata, pero que tampoco quiere permanecer inédito en el cubículo de una universidad. A diferencia de otras disciplinas, la comunicación cuenta con un organismo, el CONEICC, que durante diez años ha logrado algo que en México resulta insólito: que universidades públicas y privadas trabajen ininterrumpidamente buscando zonas de convergencia para la elaboración de sus proyectos y que diriman sus diferencias mediante el diálogo.

Es por ello, porque se ha trabajado ya en esta línea, por lo que nos atrevemos a ser optimistas y a pensar que este encuentro puede ser el inicio de una nueva etapa de investigación y de articulación de conocimientos.

Todos hemos hecho un esfuerzo grande para llegar a León. Tratemos, hasta donde nos sea posible, de fijar líneas de trabajo para el largo plazo. No hagamos de este encuentro un congreso más. Probo- mos que la ciencia y la cultura tienen algo que proponerle al país.

N O T A S

1 Corominas, Joan. *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Editorial

Gredos, Madrid. 1980.

- 2 Para un debate más amplio sobre este punto, se sugiere el texto de Raymond Williams: *Hacia el año 2000*. Editorial Grijalbo. Barcelona 1984. En particular el capítulo sobre cultura y tecnología.
- 3 Uno de los trabajos más amplios sobre fibras ópticas es el que realizó la UNIDO (United Nations Industrial Development Organization): *Optical fiber production*. Viena, Austria. Julio 1985.
- 4 Para un panorama amplio de la percepción remota, consultar el trabajo de Román Álvarez Béjar: "El desarrollo de la percepción remota en México" (mimeo). De próxima publicación en el libro: *La infraestructura de las actividades espaciales en México*. Fondo de Cultura Económica. México 1986.
- 5 Warman, Arturo. "Nuevas puertas al campo". En *La Jornada Semanal*. Año 2, núm. 71. 26 enero 1986.